

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Homilía

SEMANA SANTA 2013

Misa Crismal

28 de marzo de 2013

Queridos hermanos presbíteros y diáconos, queridos religiosos y consagrados, queridos fieles todos: Os expreso mi afecto y gratitud en el Señor por vuestra presencia, por vuestra fe y caridad cristianas, y por vuestro servicio apostólico.

La misa crismal une tres realidades que sustentan nuestra vida: consagración, misión y evangelización. El Espíritu del Señor nos ha ungido y enviado para anunciar la Buena Noticia a los que sufren, a los pobres, a los pecadores, a quienes están agobiados por el peso de la vida. Esta celebración es una manifestación especial de la comunión de presbíteros y obispo en la consagración, y de fraternidad pastoral. Yo os muestro una vez más mi cercanía en los trabajos, gozos y sufrimientos apostólicos. Agradezco el servicio a los catequistas, a cuantos colaboran en la liturgia y en el canto, a los que participan en la pastoral de los enfermos, y a quienes se ocupan de los necesitados de pan, de casa y de amor en la actual situación económica y social.

Van a ser bendecidos los óleos de los enfermos y de los catecúmenos; será consagrado también el santo crisma para unguir en el sacerdocio bautismal y en el ministerio sacerdotal. Es una celebración desde la cual, a modo de fuente, fluye a todos los rincones de la diócesis el aceite santo para los sacramentos. Permitidme un par de reflexiones en este marco celebrativo singular.

Hay otro ámbito de destinatarios de la Nueva Evangelización, a saber, las generaciones que van llegando, niños, adolescentes y jóvenes. La Nueva Evangelización tiene que ver con la iniciación cristiana, sobre la que estamos trabajando en el Consejo Presbiteral y en el Consejo Diocesano de Pastoral. Lo que hace algunos decenios era suficiente para transmitir la fe cristiana, ahora no basta. Debemos darnos cuenta de la novedad de la situación para responder adecuadamente a sus retos con la ayuda del Señor, que hará fecundos nuestros trabajos.

Hay un tercer grupo de personas, que hace unos años eran poco significativas sociológicamente, pero que en la actualidad reflejan una postura probablemente bastante difundida; me refiero a los que se muestran religiosamente indiferentes y se encogen de hombros, como si no fueran concernidos por la cuestión de Dios; los que al parecer se desentienden de la fe, los que viven como si Dios no existiera, los que se reconocen no creyentes o incluso ateos, actuando unas veces con respeto a la fe y otras de manera beligerante. Hay personas que buscan a Dios, y según dicen no lo han encontrado todavía; otros se han instalado en la finitud y en una actitud cerrada a la trascendencia. En todas estas clasificaciones debemos someter nuestro juicio a Dios, el único que conoce a quienes creen en Él y lo «*buscan con sincero corazón*» (Plegaria Eucarística IV). Acerquémonos con respeto a todos. La fe vivida en un ambiente general sereno parece normal, pero cuanto más se manifiesta la indiferencia en relación con Dios, tanto más es estimada la fe en Él.

Os invito a dar gracias a Dios por el don de la fe, a cuidarla como un tesoro, a cultivarla con la plegaria y la formación como una planta delicada, y a hacerla fecunda en el amor a Dios y al prójimo, particularmente a los pobres de pan y de esperanza. La fe es una luz para caminar por la vida sin tropezar, una llave para abrir el libro de la Sagrada Escritura, una clave para descifrar el sentido de la existencia, y un cimiento seguro para no vacilar. Sin la fe, que es luz y fuerza, perdemos la orientación como personas, como discípulos de Jesús y como apóstoles. «*Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna*» (Jn 6,68). Señor, auméntanos la fe. Nos ponemos a la sombra de «*la nube de testigos*» (cf. Hb 12,1) que recuerda Benedicto XVI en su Carta *Porta fidei*, 13, en la que ocupa un lugar señero Santa María, la Virgen Madre de Dios, mujer creyente por excelencia. «*Fijemos los ojos en Jesús, que inició y completa nuestra fe*» (Hb 12,2). ¡Que el aprecio por la fe, que hemos recibido y queremos

linda, con neologismo incorporado: *«Desde ese momento, para mí, Dios es el que te "primerea"»* (Sergio Rubín y Francesca Ambrogetti, *El papa Francisco. Conversaciones con Jorge Bergoglio*, Barcelona 2013, p. 51).

¿Qué quiere decir el entrevistado con la palabra "primerea"? Dos cosas, y ambas muy sugerentes. En primer lugar, significa que Dios toma la delantera. *«Uno lo está buscando, pero Él nos busca primero. Uno quiere encontrarlo, pero Él nos encuentra primero»* (p. 48). *«Me di cuenta de que Dios me estaba esperando. Él nos ha amado primero (cf. 1Jn 4,19)»*. No encontraríamos a Dios si Él no hubiera venido a nuestro encuentro.

El segundo sentido de la palabra "primerea" está relacionado con una expresión del libro de Jeremías (Jr 1,11-12). *«Dios se define ante el profeta Jeremías con estas palabras: "Soy la vara del almendro". Y el almendro es el primer árbol que florece en primavera. "Primerea" siempre»* (p. 51). Al almendro se le llama en hebreo "vigilante" porque acecha a la primavera para ser el primero en echar flores. Dios nos vigila para cuidarnos; prepara en nosotros sus caminos. Dios precede y "primerea"; despunta como brote de primavera. Queridos hermanos sacerdotes: en medio de nuestros inviernos, Dios hace renacer la vida. Dios puede convertir nuestros desiertos en vergeles y nuestros inviernos en primaveras. Dios "primerea" siempre. Con el soplo vital de Dios, también tu vida y la mía pueden reverdecer, florecer y ser fecundas. ¡Dejémonos encontrar por Dios, que suscitará en nosotros el milagro de la primavera!

Respondiendo al entrevistador, dijo el entonces cardenal Bergoglio que en la experiencia religiosa son importantes los "remansos" en los que la agitación de la vida se sosiega y la paz vence a las prisas. *«Los remansos son retiros espirituales, donde el ritmo diario se frena y se da lugar a la oración»* (p. 52). *«El encuentro con Dios tiene que ir surgiendo desde adentro. Debo ponerme en la presencia de Dios y, ayudado por su Palabra, ir progresando en lo que Él quiera. Lo que está en el fondo de todo esto es la cuestión de la oración, que es uno de los puntos que, en mi opinión, hay que abordar con mayor valentía»*. El papa Francisco recurre frecuentemente a imágenes en su predicación. Si faltan remansos nos puede ocurrir lo que al vino *«que en vez de añejarse, como buen vino, se pica como el malo»*. *«La imagen del vino añejo a mí me sirve mucho como metáfora para referirme a la madurez religiosa y a la madurez humana, ya*